

# Usos de los imaginarios en política. Dimensiones analíticas, rol y metodologías para su estudio

*Uses of imaginaries in policy. Analytical dimensions, role and methodologies for their study*

Ezequiel Berlochi 

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario, [ezequiel.berlochi@fcpolit.unr.edu.ar](mailto:ezequiel.berlochi@fcpolit.unr.edu.ar)

## Resumen

Desde la modernidad, la política se ha tendido a asociar con el uso de la razón, con la discusión pública entre individuos libres e iguales, quedando excluidos todos aquellos comportamientos o elementos vinculados con las pasiones o, incluso, con las tradiciones. Lejos de esa pretensión inicial, la política moderna incluye un complejo entramado de elementos no-racionales, como los sentimientos, las pasiones y especialmente los imaginarios sociales. De hecho, como sostenemos, no se puede hacer política sin esa base de imaginarios. En el presente escrito, y a la luz de nuestras indagaciones sobre el tema, buscamos reflexionar sobre las dimensiones analíticas para el estudio de los imaginarios sociales en política, los roles que cumplen estos y las técnicas de investigación para su estudio.

Nuestra principal premisa es que los imaginarios sociales son elementos fundamentales para la legitimación política y la justificación de determinados proyectos políticos insertos en un tiempo y espacio dados. En este sentido, establecemos como dimensiones importantes para la constitución de un imaginario la elaboración de mitos políticos o relatos, el establecimiento de una identidad social o política y la institución de términos operativos-descriptivos que articulen los anteriores. Asimismo, reflexionaremos sobre los soportes que sostienen los imaginarios políticos, los medios de comunicación, los discursos políticos, la propaganda. En síntesis, buscamos sintetizar los principales elementos teórico-metodológicos para el estudio de los imaginarios en la política contemporánea.

**Palabras clave:** Imaginarios; Legitimidad; Política; Metodología; Soportes.

## Summary

Since modernity, politics has tended to be associated with the use of reason and with public discussion among free and equal individuals, excluding all behaviors and elements linked to passion or tradition. Far from that initial claim, modern politics involves a complex network of non-rational elements, such as feelings, passions, and especially the social imaginary. In fact, we believe that politics cannot be created without these imaginaries. In this article, and in light of our research on the subject, we reflect on the analytical dimensions of the study of social imaginaries in politics, the roles they play, and the research techniques used to study them.

Our central premise is that social imaginaries are key elements for political legitimacy and for the justification of determinate political projects within a specific space and time. In this sense, we identify as dimensions for the construction of an imaginary: the development of political myths, the establishment of a social or political identity, and the institution of operative-descriptive terms that articulate it. In addition, we attempt to summarize the main theoretical and methodological elements involved in the study of social imaginaries in contemporary politics.

**Key Word:** Imaginaries; Legitimacy; Policy; Methodology; Support.

## INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

En el presente artículo buscamos reflexionar sobre la incidencia de los imaginarios sociales en la política y, concretamente, sobre el rol que juegan los imaginarios en los modos de hacer política, en un momento donde pareciera que la política tradicional está entrando en crisis con el auge de grupos políticos que reniegan de la misma, incluso del propio sistema democrático (Cheresky, 2015; Przeworski, 2022). Por otro lado, buena parte de la literatura politológica ha tendido a dejar de lado los comportamientos no-rationales de los actores y de la propia sociedad, reduciendo el juego político a un entendimiento puramente racional (Yannuzzi, 2010). Planteamos que esto no es del todo correcto, puesto que la construcción imaginaria sigue cumpliendo un papel fuerte al momento de crear identidades políticas y fundar legitimidad.

Seguidamente, como segundo eje de análisis, examinaremos las dimensiones analíticas que podemos tomar al momento de estudiar la constitución de imaginarios en política. Concretamente, nos centraremos en tres dimensiones o producciones imaginarias: los mitos políticos (que también pueden pensarse como relatos), las identidades y el establecimiento de ideas-fuerza. Como último eje, realizaremos unas breves líneas sobre la metodología aplicada al estudio de imaginarios en política, tomados de nuestra experiencia analítica. Asimismo, buscaremos determinar cuáles son los canales de producción y difusión de imaginarios en política y cómo aplicar la metodología de estudio a tales casos.

Conviene resaltar que buena parte de nuestra exposición, se centra en un estudio que realizo actualmente en el marco de una tesis doctoral en Ciencia Política en que analiza las estrategias de legitimación política implementadas por la última dictadura militar argentina, el autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» (1976-1983), por ende, mucho de lo que mencionemos será tomado de nuestra experiencia empírica. Aun así, otra parte de lo que exponemos se desprende de la observación del devenir político actual, de las crisis y cambios por las que ha atravesado la política, principalmente la Argentina en los últimos años. De ese modo, buscamos resaltar las propiedades de los imaginarios para el estudio politológico, una perspectiva que, como plantea Francesca Randazzo, «pocas veces es utilizada con pertinencia y rigor, probablemente porque sigue siendo una noción fácil de intuir, pero difícil de explicar» (Randazzo, 2011: 9), especialmente en las currículas universitarias de ciencia política donde prácticamente no aparece la problematización de este tema.

## LA IMPORTANCIA DE LOS IMAGINARIOS EN POLÍTICA

Antes que nada, advertimos que el componente imaginario que podemos rastrear en la política es sin dudas uno de los problemas más difíciles de resolver por parte de la Ciencia Política en tanto disciplina social, sumado al hecho de que éstos no son elementos de análisis exclusivos de la disciplina politológica. Tanto la Sociología como la Antropología, incluso la Crítica Literaria y el Psicoanálisis, han estudiado la conformación de los imaginarios sociales que nutren a una sociedad determinada. Paralelamente, este concepto presenta serias dificultades al momento de su abordaje.

<sup>1</sup> Una primera versión del artículo fue presentada en el *II Seminario Internacional: Metodologías de investigación aplicadas en torno a imaginarios y representaciones*, organizado por la Red Iberoamericana de Investigación en Imaginarios y Representaciones y la Universidad Santo Tomás, realizada de manera virtual entre el 25 y 26 de abril de 2024.

Uno de los principales puntos a tener en cuenta, al momento de introducirnos en el tema de los imaginarios, y que por otra parte es relevante en el debate sobre las corrientes en que se orientan los estudios sociales en general y politológicos en particular, tiene que ver con cómo abordar el estudio de los «hechos sociales». En este sentido, como bien plantean tanto José Cegarra (2012) como Ángel Enrique Carretero (2010a), el estudio de los imaginarios sociales chocó con aquellas posiciones predominantes de las ciencias sociales que ponderaban un acercamiento a éstos desde una perspectiva empírico-racionalista, más ligada al método científico de las ciencias naturales que a un método cercano al objeto de estudio propio de las ciencias sociales. Es por ello, como exponen los autores antes mencionados, que «el símbolo, la imaginación, lo imaginario, eran rechazados como fuentes de conocimiento científicamente plausible» (Cegarra, 2012: 2).

A pesar de ello, los imaginarios sociales han tenido (y tienen) una vigencia insoslayable en el ámbito de las ciencias sociales, siendo considerados como parte fundamental de las relaciones sociales. Aun así, el estudio de éstos no carece de limitaciones u obstáculos. Retomando lo planteado por Randazzo, si bien la noción suele ser utilizada con relativa facilidad por los académicos, pocas veces se lo hace con la pertinencia correspondiente, o con el suficiente sustento teórico. En lo que sigue, definiremos qué entendemos por imaginario social, cómo puede ser abordado y el rol que ocupa en la política.

Para comenzar, podemos decir que los imaginarios sociales son construcciones colectivas, necesarias para comprender el «universo de representaciones simbólicas que caracterizan y distinguen los valores y creencias de una determinada sociedad» (de Moraes, 2007). De la anterior aseveración, destacamos que lo simbólico

ocupará un lugar importante en la construcción imaginaria de una sociedad, ya que en ella radica el cómo una sociedad se piensa y cómo los sujetos que la componen se relacionan entre sí, aunque lo simbólico y el imaginario son cosas diferentes (Baczko, 2005).

Tampoco debemos confundir imaginación con imaginario. Mientras el primero hace referencia a una cualidad individual que tiene por objeto la representación de la realidad, el segundo es una construcción colectiva que «constituye una “gramática”, un esquema referencial para interpretar la realidad socialmente legitimada construido intersubjetivamente e históricamente determinado. La imaginación es representativa, el imaginario interpretativo» (Cegarra, 2012: 3). En este sentido, podemos entender al imaginario social, siguiendo a Bronislaw Baczko (2005), como todas aquellas

referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda colectividad y a través del cual ella «se percibe, se divide y elabora sus finalidades» (Mauss). De este modo, a través de estos imaginarios sociales, una colectividad designa su identidad elaborando una representación de sí misma; marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales; expresa e impone ciertas creencias comunes, fijando especialmente modelos formadores como el del «jefe», el del «buen súbdito», el del «valiente guerrero», el del «ciudadano», el del «militante», etcétera. Así es producida una representación totalizante de la sociedad como un «orden», según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser (Baczko, 2005: 28).

El imaginario social, por lo tanto, no debe ser confundido con una elaboración teórica o intelectual abstracta (Taylor, 2006), sino como un conjunto de elementos simbólicos que subyacen en las diferentes sociedades, dotándolas de un sentido determinado en un tiempo

y espacio dado<sup>2</sup>. Esta es una idea similar a la que sostiene Manuel Antonio Baeza (2011), cuando plantea que los imaginarios sociales son aquellas «formas de significación institucionalizadas que adopta la sociedad en el pensar, en el decir, en el hacer, en el juzgar» (Baeza, 2011: 33).

Habiendo dejado establecido lo relativo a qué entendemos por imaginario-social, podemos ahora centrarnos en otro aspecto importante de este, la función del imaginario social como elemento legitimador, o más específicamente con la «justificación del ejercicio del poder», tal como se propone demostrar Ángel Enrique Carretero (2010b). Es con ese fin, que el autor plantea que los imaginarios sociales son elementos centrales al momento de legitimar o deslegitimar el orden social imperante en una sociedad determinada:

los «imaginarios sociales» pueden ser instrumentalizados tanto por ciertos grupos sociales situados en una posición de privilegio con respecto a otros para legitimar y conservar esta situación, a través de una naturalización y petrificación de las relaciones sociales, como, por lo mismo, podría ser también utilizados por grupos socialmente desfavorecidos para modificar su posición a través de la deslegitimación de los «imaginarios sociales» sostenedores de esa arquitectura social (...). Esto nos abre a una visión de la sociedad basada en una competencia entre «imaginarios sociales» legitimadores y deslegitimadores que, en una opositora contradicción, pugnarían por adueñarse de una «definición» de «lo real» que será luego instrumentalizada, en el marco de la trama de las relaciones de poder constituidas,

2 En este sentido, Charles Taylor (2006) diferencia imaginario social y teoría social, adoptando el primero puesto que con éste hace referencia «...a la forma en que las personas corrientes “imaginan” su entorno social, algo que la mayoría de las veces no se expresa en términos teóricos, sino que se manifiestan a través de imágenes, historias y leyendas. Por otro lado, 2) a menudo la teoría es el coto privado de una pequeña minoría, mientras que lo interesante del imaginario social es que lo comparten amplios grupos de personas, si no la sociedad en su conjunto. Todo lo cual nos lleva a una tercera diferencia: 3) el imaginario social es la concepción colectiva que hace posibles las prácticas comunes y un sentimiento ampliamente compartido de legitimidad» (Taylor, 2006: 37).

para determinados fines perseguidos por distintos grupos sociales (Carretero, 2010b: 162).

Como explica Carretero, existe una pluralidad de imaginarios que interpelan a diferentes sectores de una sociedad, los cuales pueden ser utilizados o manipulados por actores o grupos sociales para, de esta forma, fortalecer su posición frente a otros. De ese modo, es factible establecer la función legitimadora o deslegitimadora de los imaginarios: «se procuraría poner de relieve como una “definición socialmente aceptada de realidad”, y establecida ésta como consistente desde un “imaginario social”, está en estrecha sintonía con un tipo de relaciones sociales determinadas» (Carretero, 2010b: 164). Cabe destacar que el autor analiza la relación entre ideología e imaginario social, centrándose en que la primera sería la depositaria de un «sentido social», especialmente en la modernidad, pero que, con los cambios sociales y culturales producidos en el tránsito hacia la posmodernidad, la ideología perdió sentido, dejando el lugar a los imaginarios sociales<sup>3</sup>. El fin de los grandes relatos que daban sentido a la sociedad, más en específico a los sujetos, «ha ocasionado el surgimiento de unas nuevas modalidades de legitimación que, actuando a pequeña escala y sin apelar a instancias trascendentes y totalizadoras, impregnan los diferentes espacios de la cotidianidad (...) deberíamos concebir a la sociedad actual a partir de “microrrelatos” que ofertarían un “sentido” puntual, efímero y desligado de un “telos histórico”...» (Carretero, 2010b: 165-166).

3 «El papel tradicional asignado a las ideologías como depositarias de una totalidad del “sentido social” había sido el marco determinante en el que se había desenvuelto la modernidad. La legitimidad del orden social apelaba a lo que Jean-François Lyotard denominó los “grandes metarrelatos”, “narraciones” que, actuando a modo fundamento, proporcionaban una directriz global a lo social. Sin embargo, como es bien sabido que se ha pronunciado este autor, la posmodernidad entrañaría una fragmentación de los saberes propiciadora de “una incredulidad con respecto a los metarrelatos” (Lyotard, 1994: 9), en cuanto autoridades legitimadoras que remitían a un metadiscurso totalizador. Aunque evidentemente pervivan en la sociedad posmoderna, nos dice Lyotard, lo que habría desaparecido es su fuerza fundamentadora o, lo que es lo mismo, su pervivencia no es ya sinónimo de su credibilidad» (Carretero, 2010b: 165).

En términos políticos, las grandes ideologías políticas, como el liberalismo o el marxismo entran en crisis y son reemplazadas por los imaginarios sociales «de carácter más contextual y proxémico» (Carretero, 2010b: 166).

Así, continua Carretero, «el ejercicio del poder radicaré en la apropiación y gestión de estos “microrrelatos” y en la capacidad para establecer, a partir de ellos, una figurada realidad que impregnará por completo el tejido social, contribuyendo a mantener fijados a los individuos al orden social» (Carretero, 2010b: 167). A partir de la posmodernidad, la política se sustentará en esos «microrrelatos» que comenzarán a entretenerse con el fin de los «metarrelatos». De ese modo, la política, entendida aquí como un conjunto de instituciones cuyo fin es conformar un gobierno o sustentar dominación por parte de una clase o elite sobre una población determinada, deberá crear y sostener una compleja red de producciones imaginarias con el fin de construir un sentido a la realidad social y legitimar su poder y dominación<sup>4</sup>.

Como sostiene Bronislaw Baczko (2005)

todo poder debe imponerse no sólo como poderío sino también como legítimo. Ahora bien, en la legitimación de un poder, las circunstancias y los acontecimientos que están en su origen cuentan tanto como lo imaginario que dan vida alrededor del cual se rodea el poder establecido. A las relaciones de fuerza y de poderío se le agregan, de este modo, relaciones de sentido de grado variable. Las instituciones sociales, y en especial las instituciones políticas, participan así del universo simbólico que las rodea y forman los marcos de su funcionamiento (Baczko, 2005: 28-29).

<sup>4</sup> «Toda sociedad debe inventar e imaginar la legitimidad que le otorga al poder. Dicho de otro modo, todo poder debe necesariamente enfrentar su despotismo y controlarlo reclamando una legitimidad» (Baczko, 2005: 28).

La función del imaginario social en política tiene que ver con la construcción de una legitimidad en un sentido mucho más profundo que la legitimación de origen, que para el caso de las democracias es el voto. Está relacionada con la construcción constante de legitimidad con el fin de lograr establecer cambios, fundando de ese manera una realidad dada. Hace referencia a la posibilidad de imponer un proyecto determinado de sociedad y también determina los marcos plausibles de la realidad social. Los modos por los cuales se funda esa realidad son varios. Los principales son los mitos, las identidades y las ideas fuerza, tres elementos interrelacionados ya que a partir de los relatos mítico-políticos se elaboran las identidades y de allí surgen también determinados conceptos o ideas que fundan los proyectos políticos por parte de grupos sociales o partidos políticos que terminarán de dar sustento al relato o mito.

Un punto no menor, relativo a la creencia, es que, para el corpus imaginario producido por un grupo político o clase, esté o no en el poder, para que tenga efecto y pueda prender en la sociedad, el mismo debe ser creíble y contar con cierto grado de plausibilidad. De ese modo, los relatos elaborados y las definiciones identitarias tendrán sentido para los sujetos interpelados, los cuales pueden ser aceptados o rechazados, según corresponda el lugar en la sociedad, y por lo tanto, avalarlos o bien, deslegitimarlos<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> «...puede afirmarse que la operatividad de determinar dos “imaginarios” para construir una realidad plausible desempeña un papel “hegemónico” en el sentido que Gramsci otorgaba a este término. “Hegemonía” que, en lugar de funcionar mediante la adhesión de los dominados a una “ideología dominante”, afectaría a toda organización global del significado de la experiencia social. Más que actuar en un mero plano doctrinal, tendría que ver con un sentido común socialmente cristalizado, convirtiéndose en una certidumbre ontológica en donde “lo real” se nos presenta completamente problematizado (...). El concepto de “hegemonía” gramsciano nos sirve, pues, de utillaje teórico para resaltar el ejercicio de la legitimación a partir de la “construcción social de la realidad” por los “imaginarios sociales”. Así, se iría tejiendo un sentido común socialmente dominante, diseminándose éste por todo el entramado social como algo natural, evidente...» (Carretero, 2010b: 171-172).

María de los Ángeles Yannuzzi (2011) al referirse a las creencias en política, sostiene que se debe empezar «por esas ideas generales que existen en toda época y que nunca se ponen en cuestión. Se trata de ideas de las que sin importar las diferencias ideológicas que nos separan, participamos todos de alguna manera» (Yannuzzi, 2011: 14). El objetivo que persiguen las creencias para la política, como explica la autora, es el de dotar de estabilidad a todo régimen político. Para ello, es necesario que todos los que constituyen una sociedad crean en las ideas construidas y difundidas. Una característica importante, como sostiene Yannuzzi, es que «toda creencia funciona realmente en la medida en que se la enuncie de manera genérica y con cierta imprecisión. Entre otras cosas, porque al ser justamente una creencia, no resiste la contrastación con el mundo objetivo» (Yannuzzi, 2011: 15). La cuestión de la imposibilidad de contraste con la realidad o el mundo objetivo, se da mediante el rasgo de plausibilidad. Se cree en algo, no por qué sea de ese modo, sino porque la idea construida es plausible.

Para poner un ejemplo empírico, en nuestra investigación sobre los imaginarios sociales legitimadores de la última dictadura militar argentina (1976-1983), encontramos que el principal elemento legitimador fue la elaboración de la idea de la «lucha contra la subversión» en tanto mito político<sup>6</sup>. La idea que se promovía, es decir la creencia que se buscaba imponer, se asentaba sobre un criterio de plausibilidad de que la Argentina era víctima de un ataque externo

6 Nuestro estudio, actualmente en desarrollo, se centra en analizar dos publicaciones de información general y comercial de amplia tirada en la Argentina de los años setenta, las revistas *Somos y Gente*. Estas revistas difundieron y defendieron los proyectos, políticas y acciones del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» (1976-1983). En la mencionada investigación analizamos en concreto la construcción de imaginarios de legitimación del mencionado régimen militar, tomando como análisis tres dimensiones: los mitos políticos, las identidades y los términos operativos-descriptivos (que por otra parte serán analizados en el siguiente apartado).

orquestado por una potencia extranjera que buscar subvertir el modo tradicional de vida argentino «esclavizando a sus ciudadanos». Los medios de comunicación que reproducían el discurso oficial, reforzaban esa creencia mediante la idea de que esa intención, por parte de la entonces URSS, era plausible ya que ocurría en otras partes del mundo. De ese modo, las noticias sobre diversos conflictos, particularmente en África y Asia, pero también de la conflictividad política en Europa eran indicios de esa intención. Por lo tanto era plausible que la URSS buscara imponer un «régimen totalitario» en la Argentina, el cual se podría apreciar por las acciones de violencia política que llevaban a cabo distintos grupos políticos militares, tanto dentro como fuera del país. Así, la creencia del ataque externo podía consolidarse, ganando apoyo a la «lucha contra la subversión» que emprendía el régimen militar.

Otro punto relevante para el análisis de la creencia en política, tiene que ver con la cuestión del contenido. Como especifica la autora, «es a partir de él que se introduce una impronta particular para la acción» (Yannuzzi, 2011: 19). La autora establece dos maneras de entender la política relativa al poder, «como juego de suma cero y como juego de suma no cero». De esa manera,

se articulan así dos concepciones totalmente contrapuestas, ya que mientras la primera, al suponer que «una ganancia [de poder] para uno entraña una pérdida para el otro», lleva a generar fracturas insalvables que reducen la política a guerra, la segunda permite pensar la política como conciliación, asegurado de esta forma una convivencia pacífica en medio del reconocimiento de la conflictividad como inherente a la política y a la convivencia en el contexto de una sociedad compleja (Yannuzzi, 2011: 19).

Estos juegos de poder suponen pensar la alteridad en términos de amigo-enemigo o bien como adversario (Mouffe, 2007) con las correspondientes concepciones de relaciones que entretengan este modo de articular las creencias y las identidades. Para pensar esta cuestión, en la política argentina contemporánea, con el advenimiento de los gobiernos kirchneristas (2003-2015), se construyeron en torno a la idea de la «grieta» identidades políticas tanto oficialistas como opositoras que pujaban por dotar de sentido a la realidad nacional. En ese sentido, la «grieta» operó como una creencia en la cual la Argentina estaba dividida en torno a esas dos construcciones identitarias, tensionando las relaciones de poder de juego cero y no cero.

### DIMENSIONES ANALÍTICAS

Habiendo introducido el tópico relativo a la función o el rol de los imaginarios sociales en la política, corresponde ahora analizar brevemente las dimensiones analíticas para el estudio de los imaginarios en política. Como ya hemos adelantado, de nuestras indagaciones hemos encontrado fundamentalmente tres dimensiones analíticas o producciones imaginarias para abordar este tema: los mitos políticos, la construcción de identidad y los términos operativos descriptivos. No vamos a profundizar mucho en este punto, puesto que no es el tema central de la exposición, simplemente dejaremos introducidos las principales nociones sobre estas producciones y su importancia para los imaginarios en política.

El mito político, es aquella construcción imaginaria que tiene como principal objetivo dotar de sentido y brindar referencias a un mundo caótico y desordenado<sup>7</sup>.

Ahora bien, con el advenimiento de la Modernidad, el mito perdió fuerza al ser considerado algo propio de sociedades «primitivas» o al ser entendido como un elemento no-racional. Como bien explica Carretero (2006), la Modernidad y la Ilustración se propusieron desterrar todo aquello que no tuviera una explicación racional o científica<sup>8</sup>, al mismo tiempo que se intentó eliminar cualquier componente subjetivo de la sociedad. Esto último viene a cuento sobre la preeminencia de la razón sobre los sentidos y los sentimientos en la época moderna, del mismo modo en que el paradigma científico preponderante, fuertemente ligado al positivismo, dejó de considerar a estos como fuentes de conocimiento científicamente válido.

Entenderemos al mito político como un relato discursivo cohesionador de elementos simbólicos, que los dota de un sentido determinado, según marcos espacio-temporales definidos y que tendrán una determinada interpretación. Este relato se articula en forma de un *mitologema*, el cual se define como aquella «narración que incorpora el conjunto de representaciones míticas en imágenes y en símbolos» (Montero, 1994, p. 91).

Adicionalmente, como sintetiza Gastón Souroujon (2014), el mito, y en especial el mito político, está constituido por tres dimensiones: la *narratividad*, es decir, que el mismo sea entendido como una serie de eventos significativos que constituyan una argumentación del presente y que sea creíble.

---

son recursos culturales íntimamente ligados a la necesidad antropológica de edificar *universos simbólicos* destinados a clausurar las preguntas acerca de las ultimidades que afectan constantemente a la vida humana y en las que se instigan posibles fisuras en una problematizada asunción del mundo. Por eso el mito posee un carácter protector, ofrece seguridad en una latente inseguridad ontológica de fondo, mantiene una firme interpretación significativa del mundo que legitima el lugar del hombre en el cosmos» (Carretero, 2006: 109).

<sup>8</sup> «La época moderna instaura un modelo monovalente de racionalidad que, representada por una objetividad científico-técnica al servicio de la eficacia y la operatividad, se encamina a un absoluto dominio de la naturaleza» (Carretero, 2006: 111).

<sup>7</sup> Sobre este punto, nos dice Carretero, que «las creaciones míticas

La segunda dimensión está dada por el aspecto de la *dramaticidad* del mito. Se instituye un relato articulado y coherente en sí mismo, que tiene un principio y un fin, a la vez que designa roles a los protagonistas del mismo. Finalmente, el último aspecto está dado por la *maleabilidad* del mito, debe ser capaz de transformarse constantemente, de resignificarse en el tiempo para, de ese modo, no perder vigencia en el imaginario social.

La segunda dimensión analítica es la referida a la *identidad*. Antes que nada, debemos tomar algunos recaudos teóricos. En primer lugar, podemos hablar de identidades tanto políticas como sociales, teniendo en cuenta que en principio no son lo mismo, no son sinónimos y deberemos tomarlos como términos diferentes se enfocan en cuestiones distintas. Hacemos esta aclaración, un tanto obvia, porque desde el campo de estudio de los imaginarios sociales se ha puesto mucho énfasis en la identidad social (Carretero, 2011 por ejemplo), pero poco se ha abordado la construcción de identidades políticas. Por ende, corresponde proceder a definir qué entenderemos por ellas en este trabajo y cuáles son los elementos que la componen.

Por otra parte, también consideramos a las identidades políticas como producto de los imaginarios sociales. Consideramos la identidad política una producción imaginaria dado que ésta responde a universos simbólicos determinados, los cuales son componentes de los imaginarios sociales. En alguna medida, buscamos problematizar las maneras en que las identidades políticas se constituyen, así como también determinar los marcos de referencia simbólica a los que recurren y las maneras en que en la actualidad son difundidas.

Siguiendo a Gerardo Aboy Carlés (2001), entendemos por identidad política a aquel conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia (Aboy Carlés, 2001: 54).

Si bien es una definición muy abarcadora y por demás abstracta, presenta algunos rasgos interesantes. En ese sentido, considerar a la identidad política como un «conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido» constituye un punto nodal en el modo de entender y analizar las identidades políticas. Especialmente, cuando estas forman parte de determinados universos simbólicos que constituyen a su vez, determinados imaginarios sociales.

Como puede apreciarse, desde nuestra perspectiva la identidad política es una producción imaginaria más, sumamente necesaria al momento de construir legitimidad y consenso, ya sea dentro de un sistema de gobierno, una coyuntura política determinada o al momento de construir un espacio político por la suma de voluntades subjetivas. Ello hace necesario que se pueda entender no sólo el concepto de identidad política, sino también los elementos o dimensiones que la componen.

Volviendo a Aboy Carlés, este autor determina tres dimensiones de la identidad política: la alteridad, la representación y la perspectiva de la tradición (Aboy Carlés, 2001: 64).

En relación a la *alteridad*, como sostiene Aboy Carlés, toda identidad debe construir límites, los cuales están dados por la conformación de antagonismos. De este modo, de manera muy sintética, la alteridad está conformada por la construcción de «diferencias externas» y «homogeneizaciones internas» (Aboy Carlés, 2001: 64).

Desde nuestra perspectiva la construcción de alteridad u otredad (que en este trabajo son tomadas inicialmente como sinónimos) puede ser entendida desde los imaginarios sociales, dado que estos, siguiendo a Rubén Dittus (2011), «nos proponen una interesante manera de abordar la otredad, como parte de aquella imaginaria simbólica que se nutre de atributos, estereotipos y arquetipos, y que condiciona la mirada que dirigimos hacia los demás» (Dittus, 2011: 67).

En relación al rol de los imaginarios sociales relativo a la conformación de identidad, Ángel Enrique Carretero (2011) plantea que el imaginario social cumple en la sociedad el papel de salvaguardar la identidad de la misma. De ese modo,

la cohesión social reposaría, pues, en una adscripción sin fisuras por parte de todos los coparticipantes en un mismo grupo social o sociedad a una matriz más imaginaria que propiamente real. La especificidad de un grupo social o sociedad, su singularidad, el establecimiento de unas fronteras simbólicas con respecto a otros grupos sociales y sociedades, pasaría, entonces, por la configuración y la actuación de un determinado «Imaginario social». La adhesión a un «Imaginario social» implica una peculiar y casi intransferible manera común de situarse los integrantes de una colectividad ante el mundo, de dar sentido a su realidad y a los modos de articulación de sus relaciones intersubjetivas (Carretero, 2011: 101).

Es importante que hagamos notar que tanto el planteo de Dittus como el de Carretero hacen referencia a la identidad social, y nosotros habíamos establecido al inicio del presente apartado, que identidad política e identidad social no eran lo mismo. Quizás sea hora de revisar dicha aseveración, ya que algunas de las cosas que plantean los autores antes mencionados, ciertamente valen para la construcción de identidades políticas. Esto es, no pueden pensarse las identidades políticas sin pensar arquetipos o estereotipos sobre cómo se piensan a los otros. A esto debemos sumar el planteo de Aboy Carlés que toma, inicialmente, la cuestión de la alteridad en términos schmittianos, es decir, en términos de una relación amigo-enemigo, aunque termina apartándose de estos cuando plantea que «las identidades serán precisamente para nosotros las asociaciones y disociaciones en relación a la definición de asuntos públicos (...). Nuestro objetivo será su estudio en tanto devenir en la conformación de una formación política» (Aboy Carlés, 2001: 66). Los puntos expuestos por los tres autores son de suma relevancia, y pueden que nos ayuden al momento de entender las distintas coyunturas que abordaremos en el presente trabajo.

Aboy Carlés sitúa la segunda dimensión, la *representativa*, en lo referente a la construcción de liderazgos y de las ideologías políticas. Dice el autor que «el juego especular que conforma el espacio interior de una identidad se verifica así en torno a la suplementariedad bien de un liderazgo, bien de la ideología, bien de ambos, respecto de un campo de la representado que complementa/constituye el espacio de prácticas configuradoras de sentido capaces de definir a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción» (Aboy Carlés, 2001: 67). Un modo de pensar la representación tiene que ver con la manera en que una determinada identidad se constituye o se presenta ante los sujetos.

Aquí, el autor retoma a Marcos Novaro quien, para su análisis sobre el menemismo, utiliza la distinción de identidad por alteridad e identidad por escenificación (Aboy Carlés, 2001: 67), siendo esta última el modo en que la figura de, por ejemplo, un líder pasa a encarnar una determinada identidad. Así, la dimensión representativa de la identidad la entenderemos como el modo en que una identidad se «materializa», se hace visible.

La última dimensión es la que Aboy Carlés denomina como *perspectiva de tradición*. Tiene que ver con la dimensión temporal sobre la que toda identidad se apoya, un pasado sobre el cual sustentarse (y, agregaríamos nosotros, legitimarse) y una perspectiva de futuro, un destino o punto de llegada. Este punto lo podemos asociar a los usos del pasado, a la construcción de un relato fundante o una épica, los usos de la memoria colectiva y de la historia que ayudan a cimentar una identidad y con ella un determinado proyecto político.

Finalmente, la última dimensión identificada tiene que ver con los *términos operativos-descriptivos*. Esta dimensión opera con fuerza en el ámbito discursivo tanto oral como escrito, y se constituye como una pieza de importancia analítica en las investigaciones que nos encontramos realizando. Si bien en términos teóricos no es tan compleja como las dimensiones descritas anteriormente, lo complejo de los mismos radica en su enfoque metodológico, que será abordado más adelante.

Para entender a esta dimensión, nos apoyamos en el planteo de Quentin Skinner (2007) quien centra su análisis en los «innovadores de ideología» cuya tarea es la de «legitimar alguna forma de comportamiento social que, en general, es cuestionada. (...), sería útil prestar atención a un corpus de palabras que cumplen una función tanto evaluativa cuando descriptiva en nuestro idioma» (Skinner, 2007: 254).

La función que tendrían estos términos sería la de aprobar o condenar determinadas acciones que fueran descritas por esos términos. En ese sentido, como especifica el autor, hay que tener en cuenta los efectos ilocutivos y perlocutivos que busca el enunciador:

la clase de efectos perlocutivos que esas figuras normalmente aspiran a lograr son efectos tales como los de incitar, persuadir o convencer a los oyentes o a los lectores para que adopten un punto de vista nuevo. (...) Por el contrario, la clase de efectos ilocutivos que esperan lograr son efectos como los de evidenciar, expresar o solicitar la aprobación o desaprobación de las acciones que describen. (...) se trata de ver cómo los términos en cuestión son aplicados. Esto es lo que otorga a estos términos evaluativos-descriptivos su abrumadora significancia ideológica (Skinner, 2007: 255).

Hay que realizar una salvedad en relación al planteo teórico que realiza Skinner. Él no tiene en cuenta la cuestión o utilización de imaginarios sociales en lo que refiere a la utilización de este tipo de términos, es decir, no plantea que estos términos puedan ser considerados como imaginarios. El autor centra su análisis en los efectos ilocutorios y perlocutivos, en la función descriptiva que cumpliría el término y su efecto en el lector u oyente. Ciertamente como dimensión analítica de los imaginarios sociales y políticos, se debe tener en cuenta estos efectos, lo que cobrará mayor relevancia en el siguiente apartado cuando hagamos referencia al marco metodológico para el estudio de los imaginarios.

## ESTUDIAR LOS IMAGINARIOS SOCIALES EN POLÍTICA: METODOLOGÍA/S Y SOPORTES

Como punto final del presente escrito, nos tendremos a analizar las metodologías posibles para el estudio de los imaginarios sociales, así como los soportes de estos en la política. Comenzaremos por estos últimos, ya que en buena medida, serán los que determinen las herramientas metodológicas a implementar. Consideramos que los imaginarios sociales se constituyen mayoritariamente en construcciones discursivas. De ese modo, los discursos políticos con enunciadores claramente identificados como, por ejemplo, líderes políticos o sociales, pero también los medios de comunicación, incluidas las redes sociales y la, aparentemente ya un tanto *demodé*, propaganda política, se erigen como los principales soportes en que se construyen y difunden los imaginarios sociales con fines de legitimar el poder, disputar el mismo o construir un determinado sentido de realidad social entre otras. Como ha expresado Baczko

la masa de informaciones que transmiten los medios amontona, por un lado, el imaginario colectivo, pero por otro lado, lo disloca al funcionar sólo una pantalla sobre la que están proyectados los fantasmas individuales. Por lo tanto, los medios masivos de comunicación fabrican necesidades que abren inéditas posibilidades a la propaganda, y se ocupan ellos mismos de satisfacerlas. En efecto, lo que los medios fabrican y emiten más allá de las informaciones centradas en la actualidad puesta como espectáculo, son los imaginarios sociales, las representaciones globales de la vida social, de sus agentes, instancias y autoridades, los mitos políticos, los modelos formadores de mentalidades y de comportamientos, las imágenes de los «líderes», etcétera. En y por la propaganda moderna, la información estimula la imaginación social y los imaginarios estimulan

la información, y todos juntos, estos fenómenos se contaminan unos con otros en una amalgama extremadamente activa a través de la cual se ejerce el poder simbólico (Baczko, 2005: 32)

Podemos reafirmar esta tesis, al sostener en nuestras investigaciones estos soportes como los principales a la hora de promover un imaginario social. Los medios de comunicación de masas fueron, desde los inicios de la política moderna, los canales elegidos para la propagación de diversos sentidos de pertenencia o para la construcción de identidades políticas, constituyéndose como los actores políticos por excelencia. Como plantea Flavia Freidenberg (2004), los medios de comunicación

actúan como actores políticos, en el sentido de formar parte del triángulo que permite a los ciudadanos obtener información política y, al mismo tiempo, ejercer control o vigilancia sobre las instituciones; son productores culturales; y, finalmente, se comportan como instituciones que hacen políticas públicas o influyen en el proceso de elaboración y/o control de las mismas (2004: 3).

Definido el papel político de los medios, podemos pasar a las teorías que intentan explicar los efectos de los medios en la ciudadanía, especialmente en lo relacionado a la formación de opinión y a la percepción de la realidad. De este modo, como plantea Freidenberg (2004), podemos encontrar tres paradigmas que formulan distintas visiones sobre la influencia de los medios de comunicación. Nos referimos a los modelos de impacto directo, influencia selectiva y las teorías de las funciones de *agenda setting*, *priming* y *framing*. De estos modelos, nos interesa el último por ser el que mejor representa los modos de actuación de los medios de comunicación en la actualidad, siendo de esa manera los canales más efectivos para la difusión de los imaginarios.

La hipótesis principal de ésta etapa, se orienta a que...

los medios de comunicación son capaces de generar efectos sutiles y que podrían ejercer una influencia decisiva, sobre todo en cuestiones políticas y estrechamente vinculadas con las campañas electorales, por ejemplo: contribuyendo en la construcción de imágenes de candidatos y partidos, en la relevancia atribuida a ciertos temas y cuestiones en los debates para formular la intención de voto y la decisión de voto y en la creación de un cierto clima político (Freidenberg, 2004: 7).

Los imaginarios sociales se articulan entonces con estos modelos de influencia de los medios de comunicación sobre la ciudadanía. En nuestra investigación sobre la última dictadura argentina tomamos como objeto de estudio dos semanarios de información general de gran difusión entre los años de la misma, entre la clase media y podemos observar cómo a través del dispositivo de agenda que describe la autora, estos difundieron y consolidaron ciertos imaginarios sociales afines a los objetivos políticos y económicos que perseguía el gobierno militar. De ese modo, mediante la articulación de un mito político central, como fue la «lucha contra la subversión» se edificaron identidades políticas en términos de alteridades amigo-enemigo (la figura del «subversivo» construida como un alter posible de ser eliminado), apoyándose en la selección de determinados términos operativos-descriptivos como el de seguridad, orden, libertad, etc. Los encuadres teóricos sobre los efectos de los medios de comunicación en la sociedad que presenta sintetizados Freidenberg, permiten al analista de imaginarios complementar las dimensiones analíticas presentadas en el apartado anterior, enmarcándolas y contextualizándolas. De ese modo, estas teorías se convierten en complementos a la hora de es-

tudiar imaginarios y su difusión en los medios de comunicación, particularmente ayudando a identificar los tópicos sobre los cuales se construyen imaginarios, contextualizando los mismos. Algo parecido ocurre con los otros soportes por los cuales se construyen y difunden los imaginarios. Nos referimos a las redes sociales.

En la actualidad, los medios de comunicación convencionales (diarios, noticieros televisivos, radio) no han perdido centralidad, pero comparten lugar con las redes sociales como los principales constructores de sentido y realidad social. Teniendo en cuenta lo incipiente de este campo de estudio, tomaremos como marco teórico el reciente estudio de Ernesto Calvo y Natalia Aruguete (2020), dado que hay algunas cuestiones que marcan los autores que nos parece importante tener en cuenta al momento de estudiar las redes sociales y los imaginarios.

Para empezar, es importante resaltar la idea de los autores antes mencionados, de que hoy las redes sociales son la principal fuente de información y de acceso a las noticias (Calvo y Aruguete, 2020: 12). Al mismo tiempo, plantean que

desde sus inicios, las redes fueron un punto de encuentro y socialización, aunque también una arena de intervención política. A medida que los usuarios colgaban contenidos para dar cuenta de sus preferencias políticas, distintas generaciones de aplicaciones los habilitaban para apoyar o disputar las preferencias de sus pares interconectados. Los políticos, que hoy operan a muy bajo costo para modelar y satisfacer las demandas informativas de sus votantes, reconocieron enseguida las virtudes de un sistema que personalizaba su relación con el electorado (Calvo y Aruguete, 2020: 12).

En este sentido, como bien indican los autores, las redes sociales se convirtieron en un lugar de disputa política, en un nuevo campo desde donde interpelar a la ciudadanía, un campo desde dónde se puede atraer y formar a simpatizantes, futuros votantes y donde los militantes pueden desarrollar su tarea. De igual manera, es un terreno de disputa con otras alternativas y, por supuesto, un lugar desde donde se construye la realidad.

Una última cuestión que nos interesa recuperar de Calvo y Aruguete, es la relativa a la aceptación y propagación de los mensajes en redes sociales, lo cual puede ser un insumo importante a la hora de entender la construcción y difusión de los imaginarios. Para estos autores hay tres conceptos que explican la difusión y aceptación de los mensajes. Por un lado, la *atención selectiva* está vinculada a que usualmente visitamos perfiles o compartimos información de usuarios que tienen nuestra misma cosmovisión del mundo<sup>9</sup>. En segundo lugar, se ubica la *activación en cascada*, que es cuando se comparte información con la que acordamos para que sea vista por nuestros contactos. Como afirman los autores «al “activar” determinadas publicaciones en los muros de nuestros amigos, modificamos la frecuencia y la velocidad con la que esos contenidos circulan. Por lo tanto, la activación de contenidos por parte de los usuarios propaga elementos de encuadre que son localmente distintos» (Calvo y Aruguete, 2020: 17).

9 Sobre este concepto, dicen los autores: «en efecto, la interpretación de eventos del mundo que validan nuestras creencias requiere que estemos preactivados ara incorporar de manera selectiva información con la que acordamos y descartar evidencia que no se ajusta a nuestros prejuicios. A medida que seleccionamos a los usuarios que deseamos seguir y visitamos cuentas con cuyos contenidos estamos de acuerdo y nos interesan, la información que recibimos se vuelve localmente homogénea» (Calvo y Aruguete, 2020: 16).

Finalmente, el último concepto es el denominado *elementos de encuadre*, el cual es «la combinación de contenidos habilitados en nuestro muro, que realzan aspectos de un evento mediático» (Calvo y Aruguete, 2020: 17). Este concepto explica los posicionamientos adoptados por los sujetos (o usuarios como los denominan los autores) ya sea para acordar y reafirmar alguna postura o bien para oponerse a la misma. Estos tres conceptos «vistos en conjunto, la atención selectiva filtra el tipo de información que recibimos, la activación en cascada comunica contenido con los que acordamos y los elementos de encuadre conjugan una interpretación del evento mediático que apoya o disputa la intención comunicativa de cada grupo» (Calvo y Aruguete, 2020: 17). Entre los principales soportes para los imaginarios en redes podemos encontrar a las *fake news*, los *troll*, los *memes*, además de *posteos* como *reels* y otros. Las dimensiones analíticas descritas anteriormente se construyen y difunden en los soportes analizados en el presente apartado. Corresponde al analista interpretarlos en su contexto e intencionalidad. Ello nos da el pie para abocarnos al enfoque metodológico.

Siempre siguiendo nuestra experiencia, y teniendo en cuenta lo descrito en los párrafos anteriores, consideramos que una de las metodologías más idóneas para abordar el estudio de los imaginarios, pero no la única, es la vía hermenéutica. Ciertamente, la elección de este enfoque puede estar vinculada a los objetos analizados en nuestras indagaciones y, puntualmente a los soportes antes mencionados, pero si consideramos que la mayoría de los universos simbólicos por los cuales se expresan los imaginarios, lo hacen mediante el lenguaje y los medios ya analizados, la hermenéutica se convierte en una opción sumamente importante.

Epistemológicamente, la hermenéutica se perfila como el paradigma metodológico de las ciencias sociales, diferenciándose claramente del empirismo de las ciencias naturales. Es que para comprender los fenómenos sociales se necesita interpretarlos, pues el «mundo de lo social» se compone de símbolos que permiten la interacción entre los sujetos. Paul Ricoeur (2010) asigna un rol notable al lector, puesto que considera que la obra termina separándose de su autor, y cuando uno lee un texto no lee propiamente al autor, sino que interactúa con la obra<sup>10</sup>. Es por ello que el lector cumple con el rol más importante, el de interpretar la obra del autor. Y es precisamente en la interpretación de la obra en lo que el filósofo francés se enfoca en su trabajo. El autor sostiene que el sujeto interprete del texto hace propio el mismo. Lo internaliza, lo dota de un determinado sentido. Es allí, cuando

...el texto actualizado encuentra un entorno y un público; retoma su movimiento, interceptado y suspendido, de referencia hacia un mundo y a sujetos. El mundo es el del lector; el sujeto es el lector mismo. Diremos que en la interpretación la lectura se convierte en una suerte de habla. No digo: se convierte en habla. Pues la lectura nunca equivale a un intercambio de palabras, a un diálogo, sino que se acaba concretamente en un acto que es al texto lo que el habla es a la lengua, a saber, acontecimiento a instancia de discurso. El texto tenía sólo un sentido, es

<sup>10</sup> «Por ahora, digamos que el lector tiene el lugar del interlocutor, como simétricamente la escritura tiene el lugar de la locución y del hablante. En efecto, la relación escribir-leer no es un caso particular de la relación hablar-responder. No es ni una relación de interlocución ni un caso de diálogo. No basta con decir que la lectura es un diálogo con el autor a través de su obra: hay que decir que la relación del lector con el libro es de índole totalmente distinta. El diálogo es un intercambio de preguntas y respuestas, no hay intercambio de este tipo entre el escritor y el lector, el escritor no responde al lector, el libro separa más bien en dos vertientes el acto de escribir y el acto de leer que no comunican; el lector está ausente en la escritura y el escritor está ausente en la lectura. El texto produce así un doble ocultamiento: del lector y del escritor, y de esta manera sustituye la relación de diálogo que una inmediatamente la voz de uno con el odio del otro» (Ricoeur, 2010: 128).

decir, relaciones internas, una estructura; ahora tiene un significado, es decir, una realización en el discurso propio del sujeto que lee. Por su sentido, el texto tenía sólo una dimensión semiológica; ahora tiene, por su significado, una dimensión semántica (Ricoeur, 2010: 142).

Conviene resaltar aquí la elección de Ricoeur especialmente por su trabajo sobre la interpretación de textos, puesto que, en nuestra investigación sobre imaginarios sociales durante la dictadura argentina, el objeto de estudio son dos publicaciones de prensa escritas. Ello no quita que la perspectiva hermenéutica sea la más indicada por tener otras características. Aquí nos parece relevante traer a colación un trabajo de Manuel Antonio Baeza (2022) quien reflexiona sobre los usos de la hermenéutica para el estudio de la realidad social, retomando los postulados clásicos sobre la pretensión y las dificultades propias de tratar de comprender el mundo social, necesitando de esa manera una metodología precisa y ciertamente diferente al de las ciencias naturales. De ese modo, nos dice el autor citado

por realidad social, y para que la noción tenga valor observacional, debemos finalmente acercarnos no tanto al espejismo de su esencia, sino a su fuente de legitimación social; es en esa perspectiva que cobra sentido a calidad el concepto de imaginarios sociales. Cualquier realidad social es, en definitiva, interpretable por un investigador, desde una perspectiva hermenéutica equivocista, con sujetos interpretantes involucrados, que deja siempre las puertas abiertas a nuevas posibilidades de interpretación, a condición de dar pruebas de coherencia, de solidez de fundamentos, de capacidad demostrativa (Baeza, 2022: 107).

Esta afirmación se desprende al contemplar que los imaginarios sociales utilizan un lenguaje particular, como es el lenguaje simbólico. Como sigue Baeza,

...lo que consideremos realidad social instituida es el resultado o el conjunto de significaciones enunciadas mediante el lenguaje y que revista socioimaginariamente todas las materialidades e inmaterialidades encontradas en la praxis de la vida social. Y la hermenéutica, tratándose de lenguaje simbólico, cumple con el requisito básico: ordenar el esfuerzo intelectual que implica el viaje hacia la zona magmática de lo primitivo en los seres humanos (Baeza, 2022: 109-110).

De este modo, la hermenéutica combina la matriz interpretativa del investigador/interprete del lenguaje simbólico por el cual se expresa la sociedad con los marcos contextuales sobre los cuales se desarrolla dicha interpretación. Este es un punto central a la hora de realizar un análisis político, ya que demandará del lector/investigador conocer el contexto en que se enmarcan los dispositivos imaginarios, así como los contextos de producción de los soportes. La vía hermenéutica nos ayudará de determinar la intencionalidad de los discursos anclados en una coyuntura específica. En ese sentido, para la ciencia política en particular, se abriría todo un abanico de posibilidades analíticas, referidas a la construcción de legitimidad y a cómo distintos actores intervienen con sus agendas e intenciones.

## CONCLUSIONES

En el presente escrito hemos intentado sistematizar las principales nociones teóricas y metodológicas tomando como base nuestra experiencia empírica en la investigación que venimos desarrollando en torno al rol o función que desempeñarían los imaginarios en el campo de la política y los modos en que se pueden abordar metodológicamente. Como indicamos al inicio del artículo, nos encontramos con una dificultad inherente al

propio objeto de estudio, como lo son los imaginarios sociales. Una noción que fácilmente puede intuirse de qué se trata, pero que al momento de encuadrarla tanto teórica como metodológicamente presenta una serie de dificultades.

Nuestras reflexiones buscan contribuir al estudio de los imaginarios sociales para la ciencia política, especialmente teniendo en cuenta que las corrientes predominantes de la misma suelen tomar la experiencia política como algo racional, dejando de lado su costado no-racional ligado a las creencias o pasiones (Yannuzzi, 2010). En ese sentido, la política se nutre de componentes pasionales, no sólo en lo que refiere a los comportamientos de los sujetos, sin que también se puede observar en las construcciones políticas. El objetivo de nuestras indagaciones se centró precisamente en analizar los componentes de imaginaria presentes en la política, no como algo aislado, sino como algo constitutivo y transversal a cualquier régimen o proyecto político y cuyo objetivo central es generar legitimidad ya sea a un gobierno o a un proyecto político.

De ese modo, hemos podido determinar tres dimensiones analíticas para el estudio de los imaginarios en política. Estas dimensiones no sólo se constituyen como elementos imprescindibles al momento de crear legitimidad, sino que también brindan coherencia a las acciones de gobierno y a los proyectos políticos esgrimidos por los distintos actores, sean estos partidos políticos, actores de la sociedad civil o el propio Estado. Las dimensiones que hemos trabajado son la construcción de relatos en la forma de mitos políticos, las identidades, tanto sociales como políticas, y los términos operativos descriptivos. Se nos presentan como las principales dimensiones que pueden identificarse cuando estudiamos la incidencia de los imaginarios en política.

En paralelo a la identificación y descripción de estas dimensiones, nos encontramos con lo referido al marco metodológico para el tratamiento de estos. Este marco está determinado en buena medida por los soportes en los cuales podemos encontrar rastros de los imaginarios.

En este punto del escrito, nos hemos basado fundamentalmente en nuestra experiencia empírica tomando como partida un estudio que realizamos en la actualidad, centrado en estudiar imaginarios sociales legitimadores del régimen militar de la última dictadura argentina (1976-1983). Para tal fin, nos encontramos analizando dos revistas de información general, por lo cual hemos podido determinar que uno de los soportes por excelencia son los discursos, siendo la prensa el principal medio de difusión y construcción.

En ese punto, es necesario introducir elementos de análisis diferentes, ya que para considerar la dimensión e intencionalidad política de los medios de comunicación, que por otra parte son actores políticos, se necesita de una metodología y marco teórico especial dado en las teorías de las funciones de *agenda setting*, *priming* y *framing*. Estas aproximaciones nos permitirán contextualizar las operaciones de imaginación y determinar la intencionalidad de los actores. Algo similar ocurre con el uso de las redes sociales, que se constituyen como el principal soporte de imaginarios en la actualidad, y que también tienen su propio marco teórico-metodológico, del cual en este artículo hemos pretendido dar una mera aproximación. Como mencionamos en el trabajo, teniendo en cuenta estos soportes particulares, consideramos que en el método más indicado para su estudio es el hermenéutico, que combina elementos interpretativos del analista con el contexto de producción de la obra. Este método implica el manejo tanto de las dimensiones teóricas como contextuales para

enmarcar las intencionalidades e identificar los imaginarios construidos.

Esperamos haber contribuido a establecer dimensiones y criterios de análisis de base empírica para un armado conceptual complejo y por momentos inaccesible, pero que juega un rol central al momento de construir sociedades legitimando ideas, políticas y construyendo relaciones en el ámbito de la política institucional, y también en el ámbito social. En momentos donde se cuestiona a la democracia, no sólo como forma de gobierno sino también como forma de vida en comunidad, contar con estas herramientas se vuelve fundamental para poder construir una sociedad mucho más diversa y respetuosa.

## BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, G. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín y Menem*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Aliaga, F. y Pintos, J. L. (2012) «Introducción: la investigación en torno a los imaginarios sociales. Un horizonte abierto a las posibilidades» en RIPS. *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*. Universidad de Santiago de Compostela, Vol. 11, Nº 2.
- Aliaga Sáez, F. (Ed.) (2022) *Investigación sensible. Metodología para el estudio de imaginarios y representaciones sociales*. Bogotá: Ediciones USTA.
- Anderson, B. (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México D.F.: FCE.
- AA. VV. (2011) *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales*. Santa Uxía de Rivera: CEASGA.
- Baczko, B. (2005) *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Baeza, M. A. (2022) «Hermenéutica e imaginarios sociales» en Aliaga Sáez, F. (Ed.) *Investigación sensible. Metodología para el estudio de imaginarios y representaciones sociales*. Bogotá: Ediciones USTA.
- Berger, P. y Luckmann, T. (2011) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Belinsky, J. (2007) *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bottici, C. (2007) *A philosophy of political myth*, Nueva York: Cambridge University Press.
- Borsotti, C. (2007) *Temas de metodología de la investigación en ciencias sociales empíricas*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

Calvo, E. y Aruguete, N. (2020) *Fake news, trolls y otros encantos. Cómo funcionan (para bien y para mal) las redes sociales*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Carretero, Á. E. (2006) «La persistencia del mito y de los imaginarios en la cultura contemporánea» en *Política y Sociedad* Vol. 43, Nº 2.

Carretero, Á. E. (2010a) «Para una tipología de las “representaciones sociales”. Una lectura de sus implicaciones epistemológicas» en *EMPIRA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*. Nº 20, julio-diciembre.

Carretero, Á. E. (2010b) *El orden social en la posmodernidad. Ideología e imaginario social*. Barcelona: Erasmus Ediciones.

Carretero, Á. E. (2011) «Imaginario e identidades sociales. Los escenarios de actuación del Imaginario social como configurador de vínculo comunitario» en AA. VV. *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales*. Santa Uxía de Rivera: CEASGA.

Castoriadis, C. (2007) *La institución imaginaria de la sociedad*. Buenos Aires: Tusquets.

Cammarano, F. (2010) «Forca e dinamite. La delegittimazione politica nell'Italia liberale» en Cammarano, F. y Cavazza, S. (Comp.), *Il nemico in politica. La delegittimazione dell'avversario nell'Europa contemporanea*, Bolonia: Il Mulino.

Cegarra, J. (2012) «Fundamentos teórico epistemológicos de los imaginarios sociales» en *Cinta de Moebio* Nº 43.

De Moraes, D. (2007) «Imaginario social, cultura y construcción de la hegemonía» en *Contratiempo. Revista de cultura y pensamiento*. Otoño-Invierno Nº 2.

Dittus, R. (2005) «La opinión pública y los imaginarios sociales: hacia una redefinición de la espiral del silencio» en *Athenea Digital* Nº7.

Dittus, R. (2006) «El imaginario social y su aporte a la teoría de la comunicación: seis argumentos para debatir» en *Cinta de Moebio* Nº 26.

Dittus, R. (2011) «El imaginario social del otro interiorizado. Taxonomía de la alteridad como espejo del yo contemporáneo» en AA. VV. *Nuevas posibilidades de los imaginarios sociales*. Santa Uxía de Rivera: CEASGA.

Freidenberg, F. (2004) «Los mass media: ¿también son actores?» en Martí i Puig, Salvador *Materiales Interpretativos para una ciudadanía activa*. Salamanca. Universidad De Salamanca Y Junta De Castilla y León (CD). Disponible

Flood, C. (2002) *Political Myth*, Nueva York: Routledge.

García Pelayo, M. (1981) *Los mitos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.

Laclau, E. y Mouffe, C. (2006) *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires: FCE.

Lincoln, B. (1989) *Discourse and the construction of society*, Nueva York: Oxford University Press.

Mouffe, C. (2007) *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.

Schmitt, C. (1991) *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.

Scopflin, G. (1997) «The functions of Myth and Taxonomy of myth» en Hosking, G. y Scopflin, G. (Comp.) *Myths and Nationhood*. New York: Routledge.

Skinner, Q. (2007) *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Souroujon, G. (2011) «Desmitificando el mito político. Un estudio introductorio de las distintas dimensiones que componen el mito político» en Yannuzzi, María de los Ángeles (Comp.) *Creencias y política. El papel de los elementos no-racionales en las teorías políticas y prácticas sociales*. Rosario: Laborde.

Souroujon, G. (2014) *El peronismo vuelve a enamorar. La articulación de un imaginario político durante el gobierno de Menem*. Rosario: Homo Sapiens.

Yannuzzi, M. de los Á. (2010) «El rol de los elementos no-racionales en la construcción democrática» en *Estudios Sociales* Nº 39.

Yannuzzi, M. de los Á. (2011) «Creencias, poder y democracia» en Yannuzzi, M. de los Á. (Comp.), *Creencias y política. El papel de los elementos no-racionales en las teorías y prácticas políticas*. Rosario: Laborde.